

Comercios irreductibles de Tarifa, dos negocios con más de medio siglo de trayectoria

Tejidos Trujillo y el bar de Pedrín

Francisco Javier Terán Reyes

Resumen.

Como si las manos del maestro Fermín Franco imprimiesen de nuevo nervio a sus pulsaciones en las cuerdas de la guitarra, se nos recuerda en plena Calzada el ilustre establecimiento de Tejidos Trujillo y el mítico bar de Pedrín, el bar de Pedro Rico, ambos establecimientos están hoy activos y cuentan con más de medio siglo de historia.

Uno es paso obligado para quien albergue la necesidad de una urgencia de última hora o un capricho que saciar, el otro simplemente se ha convertido ya en todo un referente de la gastronomía tarifeña. *“La nostalgia no da de comer aunque ayuda a comprender de dónde venimos y en qué nos hemos convertido”*

Palabras clave: Trujillo, 1950, sombreros, telas; bar Rico, “La Cubana”, carne mechá, carne en tomate

Abstract

As if the hands of maestro Fermín Franco were once again printing nerve to his pulsations on the guitar strings, we are reminded in the middle of Calzada of the illustrious establishment of Tejidos Trujillo and the mythical bar of Pedrín, the Pedro Rico bar, both establishments are today active and have more than half a century of history. One is an obligatory step for those who harbor the need for a last-minute emergency or a whim to satisfy, the other has simply become a benchmark in Tarragona’s gastronomy. *“Nostalgia does not feed, although it helps to understand where we come from and what we have become”*.

Keywords: Trujillo, 1950, sombreros, telas; bar Rico, “La Cubana”, carne mechá, carne en tomate

Metodología

En este artículo me he permitido recoger en muchos casos la intensa vida de los propios dueños, de sus amigos, de sus trabajadores o clientes. Vivencias, vista por el propio historiador, por el propio narrador o contador de historias, integrándolo aún más en nuestra tradición oral.

Nuestra tradición es un rasgo cultural que permanece vivo en nuestros edificios, comercios, calles y personas y que marcan sin duda alguna nuestro devenir. Narrar en primera persona toda una vida cumple una función comunicativa de una serie de enseñanzas que pueden pasarse de padres a hijos, y de abuelos a nietos, de amigos a conocidos. Este trabajo bebe directamente de esa fuente, de la tradición oral de los propios protagonistas de estos negocios y que aquí

comparte experiencias del día a día, ofrece reconocimiento y a veces despierta cierta nostalgia de un tiempo ya casi perdido, pero en contraposición, también aquí se contagia irremediablemente la tradición de narrativas reales, de pura esencia del individuo que muchas veces logra convertirse en historias que sirven para comprender mejor la existencia de nuestro municipio, de nuestro casco antiguo concretamente y ... ¡ por qué no! supervivientes actuales del covid.

Introducción.

La ciudad ha cambiado y con ella también su casco histórico.

El embrión de la ciudad, repleta de zapaterías, almacenes de mayoristas y tiendas de moda que atraían hasta finales de siglo pasado a los fieles tarifeños, ha dado paso a otro tipo de establecimientos. Unos han desaparecido y los pocos que sobreviven despiertan nuestra memoria cada vez que pasamos por su lado.

Algunos de estos negocios del casco antiguo verdaderamente que han visto transformarse la ciudad, y es ahí donde escasos establecimientos han sobrevivido encontrándose actualmente en plena actividad. Pocos quedan y pocos superan el medio siglo.

Establecimientos que recuerdan que el comercio local tuvo un lugar más que respetado en las calles de nuestro bonito casco histórico. Tejidos Trujillo y el bar Rico aún forman parte de este selecto club. Uno por ser un negocio que nació para vender tejidos, telas, colonias y sombreros. El otro, llanamente es tapeo del *güeno* y ambos se han mantenido fieles a sus inicios hasta la actualidad.

Convertidos hoy en auténticos bastiones del casticismo sobreviven a la invasión de los modernos locales que de forma armónica se mezclan con el resto.

Lo saben hasta los gatos que Trujillo vende barato

No hay tantos pequeños placeres en este mundo y tan barato como pasear por tu pueblo desde San Mateo hasta la altura de Galerías Villanueva para, antes de llegar al carrillo de la Calzada, al quiosco del abuelo, mirar hacia la izquierda y ver las espléndidas cariátides de la fachada de Tejidos Trujillo¹.

Una tienda con solera que bien pudiera ser de principios del siglo XX. Con esos azulejos geométricos tan característicos de antaño, cuyo color nos transporta al parnaso más exquisito. Llena de grandes y hermosos letreros de entrada y con esos viejos cristales o accesorias de afuera que enseñan su preciado género.

Pocas tiendas como esta quedan ya con ancho mostrador, con esas gitanas en sus escaparates y con ese lema tan famoso que decía: “La casa que más barato vende, Juan Trujillo Arcos”. Aunque, sin duda, el eslogan más famoso y po-

¹ Este capítulo al igual que el de Pedro Rico han sido publicados recientemente en el libro “Relatos tarifeños desenfadados” de Fran Terán. Son los correspondientes al número 14 y al número 50. El libro ha sido editado por la editorial tarifeña Imagenta y fue presentado el viernes 16 de Junio del 2017 en el marco de nuestra iglesia Santa María. Estos relatos ha sido revisados y ligeramente ampliados respecto al original para configurar este trabajo.



Figura 0.- Detalle de una de las fachadas de Tejidos Trujillo. Autor Jesús Muñoz Villanueva.

pular y que muchos mantenéis fresco en vuestra memoria es aquel que decía: “Lo saben hasta los gatos que Trujillo vende barato”.

Se recuerdan los largos mostradores con cajones y con algún metro postrado sobre ellos. Grandes tubos de telas, de todos los colores y características y un montón de estantes llenos de botones de todos los tamaños se divisaban al instante nada más entrar. Al fondo, la tienda central se unía con una zapatería cuyo escaparate daba a la calle y algo de la época modernista tenía sin duda su decoración interior. Me sorprendía mucho entrar por una puerta y aparecer en otro establecimiento, a pesar de ser el mismo.

Esta zapatería por supuesto estaba llena de zapatos con el famoso palito, ahora de plástico, para que no



Figura 1.- Anuncio con el que felicitaban las fiestas el propio negocio.

se deformase la pieza. Actualmente, es una famosa librería, aunque muchos recordarán que por allí estuvo una primitiva farmacia, o mejor dicho una antigua botica de 1860, la de don Pablo Gómez Mouré, quien llegaría a ser alcalde de nuestra ciudad y presidente de la logia masónica Berceus, así no es nada extraño que se pueda apreciar las iniciales de sus apellidos haciendo referencia en la jamba de una de su puerta de entrada, PGM.

Primitivamente el establecimiento estaba dedicado a la venta de sombreros y telas, como puede observarse en una fotografía de finales del siglo XX. El mobiliario, con sus estanterías, armarios y mostrador es propio de una gran realización de maestros carpinteros.

Grandes libros de contabilidad y montañas de facturas guarda este negocio familiar.

Aquí aún se puede apreciar los géneros que se vendían. Hasta las décadas de finales del siglo XX, la gran mayoría del vestuario era confeccionado por los propios clientes, modistas y sastres.

En Tejidos Trujillo se despachaba todo tipo de telas y lienzos desde las más rústicas a las más selectas: alpaca, bayeta, batista, bombasi, crespón, cretona, dril, franela, gamuza, hilo, holanda, indiana, lana, lona, muletón, muselina, organdí, percal, pique, raso, satén, seda, yute, vichí o vicuña. Más de 40 tipos diferentes aparecen registrados.

También vimos cómo en sus primeros años se utilizaba, como medida para cortar los lienzos, la antigua vara, que equivalía a 835 mm., resistiéndose a la utilización del metro, que estaba en uso en España con el sistema métrico decimal desde 1852.

Por supuesto, como síntoma de buena salud, tenían —como en algunos pueblos— personas que les servían de vendedores a cambio de una comisión.

La tienda siempre ofrecía una importante cantidad de géneros confeccionados. Allí, se vendieron alfombras, camisetas, capas, gorras, mantas, mantones, mañanitas, medias, pañuelos, paraguas, sábanas, sombreros, sombrillas, velos,



Figura 2.- Juan Trujillo con el hijo de su sobrino, Pepe. Fundador de Tejidos Trujillo.

tocas, tapetes o toquillas. Los sombreros —tan utilizados en estos años— fueron uno de sus géneros más vendidos: el sombrero de paja, el catalán, el andaluz, el modernista o la gorra de pana; o los mantones de Manila, merino, de pelo y de sarga.

Se vendía borra, lana de mala calidad, con la que se rellenaban cojines o colchones “ $\frac{1}{2}$ @ borra blanca, $\frac{1}{2}$ @ borra parda”. Aquí se vendía prácticamente de todo.

En los años 50, también hubo un pequeño apartado en la tienda donde el dependiente recibía con una gran sonrisa a la clientela.

Una curiosidad son las numerosas anotaciones que aparecen en las baldas de las estanterías, realizadas y firmadas por varios de los dependientes que fueron pasando. Otra anécdota digna de mencionar que nos recuerdan sus propios propietarios es cómo señalaban los precios de venta al público en las etiquetas. En la parte de arriba se daba un código largo de números en los que las últimas cifras era lo que realmente le había costado. Así, cuando le pedían una rebaja que solía ser casi siempre, solo tenían que mirar el código, ver lo que a la tienda le costaba y hacer la rebaja o rebajita sin pasarse ni perder.

El pequeño comercio posee una gran importancia en el tejido económico y social de Tarifa indudablemente y en eso Tejidos Trujillo, al igual que Casa Villanueva, desde siempre se erigieron como elementos vertebradores imprescindibles de la modernidad de la vida cotidiana de la ciudad, pero realmente y siendo más concreto en mi exposición he de decir que Tejidos Trujillo es de los pocos, por no decir el único superviviente de los negocios textiles de antaño y como muestra de ello, sus cariátides se levantan coronando tan bello edificio a la par que son capaces de recordarnos que 50 años les contemplan dedicados a la profesión. En realidad son testimonios vivos de un gran valor histórico. Hecho que los convierte sin duda en parte fundamental del patrimonio tarifeño.

Tejidos Trujillo, situado en el número 11 del centro de nuestra Calzada tarifeña, en pleno corazón del casco histórico de la ciudad, ocupa un espacio vinculado a la venta de textiles. Aunque la fachada y los rótulos nos muestran la solera del negocio, en su interior aún se conserva el diseño original, vinculado a la arquitectura del hierro, visible en algunas de sus columnas, al igual que se hace visible el típico mobiliario de entonces, donde se veían lo largos mostradores de madera o el increíble buró, que bien podría estar escondido tras los antiguos probadores.

Hasta sus puertas y cuartos traseros llegó también la imponente riada de 1970, de hecho se conserva en el interior una pequeña placa de azulejo que recuerda hasta donde llegaron las aguas ese fatídico 13 de enero.

Actualmente, el negocio es propiedad de los continuadores de Juan Trujillo, quien comenzaría como dueño en 1926, no en esta tienda grande, sino que lo haría un 2 de julio cuando abriría al público por primera vez la llamada “Mi Tienda Chica” (ya desaparecida), situada por entonces en la antigua calle San

Antón, actual calle Pedro Cortés, y cuya tienda se mantuvo siempre vinculada fundamentalmente a la venta de productos textiles. Hoy, dentro del mismo sector, ponen a la venta uniformes y prendas vaqueras, recuerdos de Tarifa, cinturones y sombreros y alguna que otra prenda de estas últimas incorporadas en la década de los sesenta del pasado siglo que sin duda muestra el encanto de este negocio.

Durante muchos años, la zona del centro de Tarifa estaba llena de los clásicos comercios familiares que a diario esperaban la llegada bulliciosa de gente procedente de los pueblos, de la huerta, de las pedanías y del campo, y que –como ellos mismos decían— “venían a comprar al pueblo”. Fue la edad de oro del pequeño comercio, un comercio donde un emprendedor con poco dinero y mucho esfuerzo salía adelante.

Poco a poco, el centro histórico ha pasado de ser un centro comercial a ser un centro turístico donde las plantas bajas se han transformado en expendedoras de comida rápida o en tiendas de souvenirs al servicio de las exigencias de los turistas, o simplemente se han convertido en pubs o bares de copas. Pero... tras situarnos cronológicamente en el tiempo, y llegado este momento, permítanme contar la historia de la evolución de este gran comercio tarifeño que ya ha cumplido medio siglo y que, al igual que otros muchos, fueron evolucionando para intentar adaptarse a las circunstancias de cada tiempo.

Su historia forma parte de nuestra tradición oral. Es la historia de una familia, de una empresa familiar que hoy va por su tercera generación.

En 1950, concretamente un 14 de agosto es cuando se inauguraría ya la tienda grande de la Calzada. Tejidos Trujillo viendo que la primitiva tienda situada en la calle de Pedro Cortés se queda pequeña, se decide a buscar un nuevo emplazamiento casi en la misma calle pero con una superficie mayor y acorde a las necesidades de ese momento. Así, Tejidos Trujillo reactivaría la economía tarifeña empleando también a muchos tarifeños y tarifeñas.

Había un dicho muy simpático que muchos recordaréis que se decía por el pueblo de manera jocosa y campechana, y era aquel de que cuando había mucha gente en Trujillo y no en Villanueva, se comentaba popularmente: “Trujillo vende barato y Villanueva pasa un mal rato”.

Por regla general, en la mayoría de estas tiendas (lo mismo que en la de comestibles), se compraba a dita, es decir, el cliente retiraba las prendas o telas que le fueran necesarias entregando a cambio una ínfima cantidad de dinero que el dependiente anotaba cuidadosamente en una libreta usando el lápiz que habitualmente llevaba prendido sobre la oreja. Posteriormente, una vez a la semana, o cada dos semanas, o cada mes, el cliente iba a entregar un dinero establecido a cuenta de lo que se había llevado, que nuevamente era anotado en la libreta. Cada vez que se entregaba dinero a cuenta no faltaba la pregunta obligada: “Fulanito, ¿cuánto me queda?”. Y así hasta que la cuenta quedaba saldada y se comenzaba de nuevo con otra remesa. Pocos eran los afortunados entonces que se podían permitir pagar al contado.

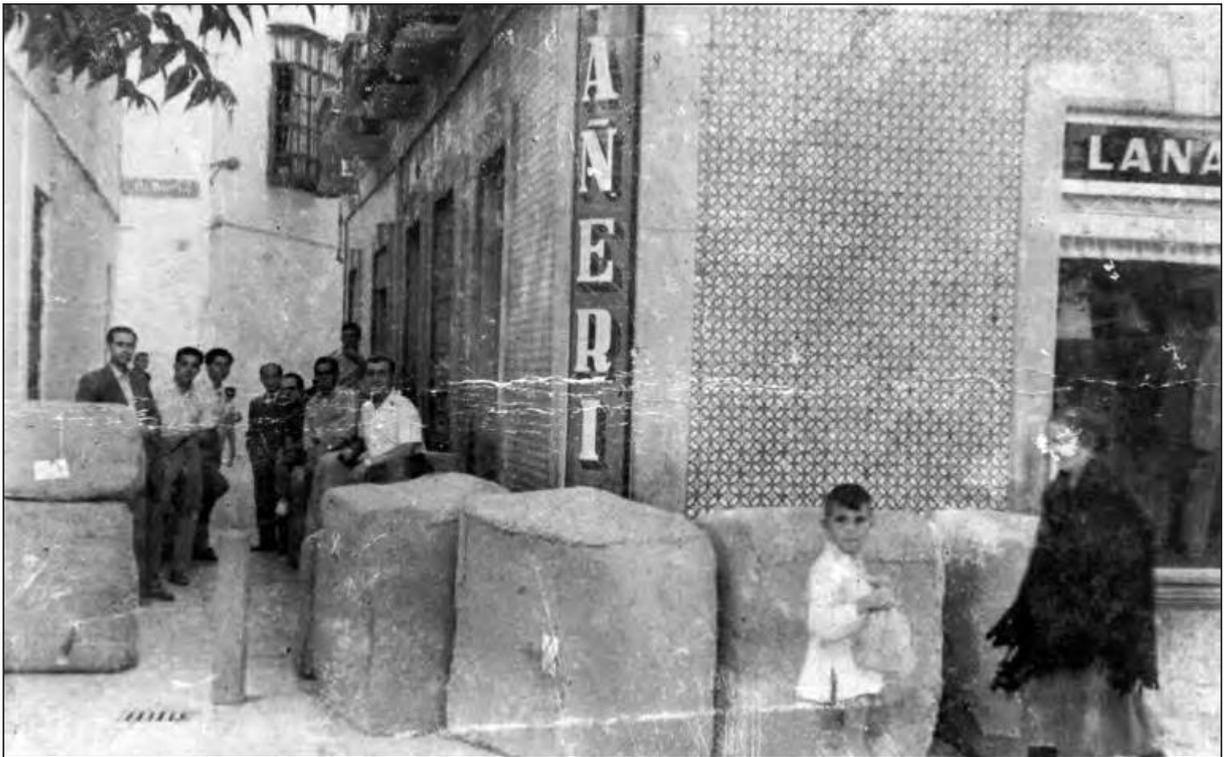


Figura 3.- Fachada de Trujillo. Sacas con material para descargar

Todo se cuidaba aquí con mimo y rigor, todo perfectamente organizado. Se recuerda el ajetreo que se formaba cuando se cerraban las puertas. Había llegado el momento de barrer, colocar y perfilar, tres faenas que en esta tienda se cumplían a rajatabla y con especial miramiento. Salía entonces a relucir el serrín y las escobas en mano de los más jóvenes, mientras los demás se encargaban de liar las piezas de tela, doblar o colocar en los percheros las prendas, que eran los artículos que se habían utilizado durante toda la jornada para enseñar a los clientes.

En la sección de paquetería y perfumería se realizaba la misma operación. La finalidad era que todo debía quedar perfectamente doblado y colocado en los estantes. Se miraba con especial atención la alineación de las piezas de tela y de las cajas. Perfilar era la acción de procurar que ninguna de las cajas apiladas sobresaliera sobre las demás. Aquella tarea se realizaba con la máxima celeridad, ya que de su finalización dependía la hora de salida —y ya se sabe— todos teníamos algo que hacer fuera.

Otra consigna era que nadie debía estar echado en el mostrador. Aunque no hubiera clientes que atender, había que estar en acción. Todo aquello era un código de conducta particular de aquella empresa que consideraba importante el orden, la limpieza y la filosofía del buen vendedor.

Los sábados eran días de limpiar los escaparates, por lo que los jóvenes destinados a ello preparaban escaleras, cubos y trapos.

Como costumbre o uso peculiar de este establecimiento era el idioma que se utilizaba para comunicarse entre los dependientes. Algo muy simpático y

efectivo. Consistía en hablar al revés, o “al vérre”, como muchos decían. Podían emplear largas parrafadas sin equivocarse. Así, cuando un cliente dudaba en comprar porque le parecía caro el precio, Pepe Trujillo le decía al dependiente que le rebajara cierta cantidad sin que el señor o la señora lo notaran. Servía también para poner en alerta sobre alguien que tuviera fama de mal pagador. Ahí se utilizaba la expresión “dodacui, grela”, era “cuidado” al revés, y “grela”, la denominación asignada a los malos pagadores.

Otro elemento significativo eran esas libretas. Una llamada “A vista”, donde se anotaban los artículos que salían a la calle para ser probados o consultados para elegir, y otra donde se anotaba lo que se daba a crédito o fiado. Este capítulo también tenía su filosofía y sus entresijos. Buenos clientes pagadores y cumplidores, y otros que olvidaban queriendo las cuentas, o que verdaderamente no podían pagar. A los que se retrasaban se mandaba a uno de los mozos con la cuenta a su casa, después de esperar un tiempo prudente. Otros, la mayoría, eran fieles pagadores.

Más peculiaridades de Tejidos Trujillo que lo hacen verdaderamente grande eran las rebajas y los descuentos. A diferencia de Villanueva, Trujillo procuraba que un cliente no se fuera sin comprar por culpa del precio. Para ello se recurría a hacer un diez por ciento, o a veces más, de descuento. Y luego, al final de temporada, las rebajas. Muy famosas eran las rebajas de Trujillo y Villanueva que mantenían firme los precios marcados durante un buen tiempo.

Tejidos Trujillo creció y durante mucho tiempo también tuvieron tienda en Facinas. Ahí, Sebastián Álvarez Cabezas, para los amigos Chan Álvarez, es capaz de contarnos de manera exquisita su experiencia, pues durante bastantes años de su vida trabajó al abrigo de esta gran familia tarifeña.

Chan entró a trabajar en Tejidos Trujillo de Facinas en el año 1958 con la temprana edad de trece años siendo encargado Manolo Trujillo y teniendo por compañeros a Pedro Moya y a Juan Antonio Cózar. El trato con Manolo le dejó huellas. Su condición humana con tantos desamparados como llegaban por aquel tiempo, lo obligaba a proporcionarles ropas y hasta ayuda económica. Chan siempre pensó sinceramente que era una especie de hermano mayor.

Más tarde, el encargado fue Bernardo Franco, hombre correcto, honrado y paternal con todos. En 1964 a Chan Álvarez le ofrecen un puesto en la tienda de Tarifa como cajero en la sección de mercería que acababan de crear. Atendían aquella sección Antonio López Vera, Pepe Gallardo, Antonio Toledo y Juan Rondón. La venta de colonia y brillantina a granel era lo más socorrido. Posteriormente, entró en la caja Luisa Peinado Gallardo y nuestro querido Chan pasaría a la oficina como compañero de Antonio Jiménez, que trabajaba por las tardes encargado de la contabilidad.

A menudo Sebastián era el responsable de hacer las cajas de cada día en las secciones de calzado, mercería y la caja general de tejidos y confecciones, aunque participaba también en las labores de marcaje, colocación o cualquier otra, así como en las tareas que le encomendaba Antonio Jiménez en el escritorio.



Figura 4.- Trabajadores de Tejidos Trujillo (Juan Rondón, Miguel Collado y Antonio Toledo)

El ambiente entre los compañeros era excelente, trasladándose luego a la calle, donde se compartían las visitas a la playa o los partidos de fútbol en la puerta de la mar, en las horas del descanso para comer. A veces iban juntos al cine, imitando al día siguiente en el trabajo algunas de las famosas escenas del visionado. Para esto, el amigo Antonio López Vera imitando a José Luís López Vázquez era sencillamente genial.

En aquel tiempo funcionaba todavía “Mi Tienda Chica”, ese pequeño comercio en el callejoncito junto al bar Central. Allí estaba como encargado Juan Natera y como dependiente Pepe Jiménez (el Choco).

En la sección de calzado estaba Pascual Silva, el hermano Jesús y Fermín Franco. Chan Franco era el veterano y encargado de preparar las remesas en la trastienda. Otros compañeros eran Jesús Patrón, Miguel Silva, Juan Sánchez, Collado, Currito Campo y el propio Manolo Trujillo. El encargado general era Pepe Trujillo y el dueño Juan Trujillo, al que todos decían don Juan.

Pepe Romero era un consumado escaparatista y los sábados se encargaba de cambiar los escaparates. Se recuerda como fechas señaladas las noches del cinco de enero, víspera de Reyes, donde se estaba hasta las tantas de la madrugada. El día 6 la empresa invitaba a todo el personal a una comida en el restaurante la Hostería de Tarifa.

Días destacados y señalados en el calendario eran también los de las rebajas. El público esperaba en la puerta para entrar. Y los retales. ¡Cuánto le gustaba a la gente escudriñar los trozos de tela!



Figura 5.- Trabajadores de Trujillo celebrando una típica comida en la Hostería.



Figura 6.- Rebajas de Trujillo. Diciembre 1966.



Figura 7.- Aglomeración de gente el día de las famosas rebajas. Año 1966.

El trabajo de Chan duró allí dos años, hasta que se incorporó al servicio militar. Al regresar, volvió con la misma empresa pero ya como encargado de la tienda de Facinas. Los domingos se acercaba Pepe Trujillo con la mujer “Anita” como conductora para saldar las cuentas de la semana. Aquella situación duró hasta que en 1975 llegaron a un acuerdo para comprarle el traspaso y pasar a ser él un trabajador autónomo. Junto a Tejidos Trujillo labró Chan su futuro y formó una familia, como muchos tarifeños de la época.

Una tienda con solera dedicada a toda clase de telas, a mantas, y a colchas. Una tienda dedicada a toda clase de ropa de niño y bebés, de hombre y mujer, con una clientela de trajes flamencos para mayores y niños, con camisas, batas de señora y ropa interior. Una tienda con carteles en sus grandes escaparates de liquidación, de últimas rebajas.

La tienda de Trujillo tenía soluciones para casi todos, desde los que buscan tela para una pancarta hasta raso blanco para vestir a los más pequeños angelitos navideños o, incluso, tela de saco que cubrirá faldas tipo canacán para una fiesta de carnaval.

Clientes de siempre entraban en ese océano de colores y estampados de tela a la caza del tono que, bien hilado, hará de un cojín, un visillo o un traje novedoso.

Un local con cientos de cajas de botones y de paños de todos los colores. Un local donde todo se ofrece educada y gentilmente como si fuese una buena



Figura 8.- Hermanos Trujillo que están al frente del negocio familiar.

familia. Un negocio lleno de estanterías, mágico, de esos que tienen algo de encanto pero que se convierte en especial por el trato de los hermanos Trujillo y de todos sus dependientes.

Una tienda castiza y que aún está en la memoria de muchos tarifeños, en la memoria de los de ayer y en la memoria de los de hoy. Trujillo a pesar de todo siempre será una tienda bella donde se detiene el tiempo y parece brillar incluso las personas que allí trabajan: hombres y mujeres sonrientes y acogedores, que aman su trabajo y a su tierra por encima de todo.

El otro gran local y la otra gran historia que hilar en este trabajo es aquella que nos habla del actual bar de Rico, el bar de Pedrín. Establecimiento también cincuentenario y en activo de nuestro casco antiguo tarifeño.

Pedro Rico, la cuna de los bocadillos de carne en tomate y carne mechá

Nacido como un pequeño bar de tapas el bar Rico se ha consolidado ya como uno de los negocios más antiguos del centro. El pequeño bar de tapas, donde la barra lo ocupa casi todo, se ha hecho mayor.

Pedro es uno de los patriarcas de la hostelería tarifeña más antiguos en activo



Figura 9.- Fachada del bar Rico.

que existen, un título ganado a pulso, pues hace la friolera de 50 años que este buen hombre está detrás de un viejo y gastado mostrador sirviendo a muchos turistas y tarifeños.

Hombre de gesto pausado, enamorado de su oficio, amante de su familia, educado, respetuoso, con saber estar y algo tímido.

Su bar, “Lo de Pedrín o el Feo chico”, es la cuna de los bocadillos de carne en tomate y carne *mechá*. Un bar realmente muy famoso sobre todo en carnavales y en Semana Santa, ya que es costumbre al uso que los costaleros, tras finalizar su carrera procesional como acto de gratitud por parte de la hermandad, reciban allí mismo un gran y exquisito bocadillo en lo de Rico acompañado de un botellín bien fresquito para recuperar las fuerzas gastadas.

La sonrisa se le hace más grande a Pedro cuando habla de su padre. Su padre, de mismo nombre que él, fue una persona vinculada a Rota y su madre Evangelina directamente a Cuba, por eso no es de extrañar que el antiguo nombre del bar de su hermano, Justo, se llamase “La Cubana”.

Curioso resulta que los padres de su madre fueran dueños de plantaciones y de campos de azúcar, contándose que en su hacienda se llegaron a emplear a más de 300 personas.

Su padre santanderino de nacimiento quiso el destino que se instalase en Rota donde se casaría y nacerían sus primeros cuatro hijos; luego, sus padres, se irían a Cádiz capital para terminar finalmente en Tarifa y así nacer nuestro querido Pedro y sus cuatro hermanos más. Una familia numerosa de 9 hijos que siempre permaneció unida, ayudándose los unos a los otros. Muchos de ellos quiso el destino que aprendieran el noble oficio de panadero y pudieran aplicar este dicho cariñoso a futuras generaciones venideras como es “este niño viene con un pan debajo del brazo”.

Y en cierto modo así fue, pues su padre era panadero y algunos de sus hijos quisieron seguir la tradición y arrimarse a esa panadería de la calle San Julián.

De muy temprano Pedro se echaría sin pensárselo mucho la manta a la cabeza y emprendería un feliz camino en esto del mundo de la hostelería y el buen servir hasta la fecha. Sería un invierno del año 1966 cuando abriría por primera vez su bar al resto de todos los tarifeños y visitantes. Desde entonces no ha parado ni un segundo.

Su guapa mujer se llama Juana Domínguez Castro y con ella se casó teniendo 6 bellos hijos (Evangelina, María Isabel, Gaspi, Manoli, Juampe y Sara) que les acompañan en su bar. Pero Juana, como suele ocurrir en estos grandes casos donde se reconoce la labor de alguien, de su oficio y de su establecimiento, es junto a Pedro la gran culpable del éxito del bar, Y es que detrás de un gran hombre hay sin duda una gran mujer. Ella es quien le ayuda y le da fuerzas en los momentos en que se puede torcer un poco cualquier situación y es capaz de poner en un santiamén las cosas en su sitio.

Pedro no es rico por su apellido, Pedro es rico por sus años de entrega al mundo de la hostelería y a su clientela. Medio siglo de anécdotas, de chascarrillos, de chatillos de vino, de amistad, de escuchar historias añejas.

Él ha echado más horas que un reloj en su bar. Se iba a tempranas horas del día, a eso de las 6 de la mañana y permanecía allí hasta bien entrada la noche, así día tras día e incluso muchas de las veces tenía que dormir en el suelo sobre



Figura 10- Pedro Rico en su bar

unos cartones para estar pendiente y vigilar que la carne en tomate a fuego lento no se quemase ni se produjese ningún accidente.

Su bar, su casa, la casa de todos, el negocio familiar que él ha querido pasar a sus hijos y que llevan con mucho orgullo el nombre del patriarca es su verdadero refugio y vida.

Pedro en Tarifa es toda una institución y la plaza, su plaza, pónganle el nombre que deseen, cambien de nomenclátor cuantas veces los gobiernos quieran, pero perdónenme, esta plaza siempre será la plaza de Pedro Rico o la esquina de lo de Pedrín.

Él bromea y refiriéndose a su clientela dice: *“Bueno, estos más que clientes son amigos”*, mientras se apoya con las dos manos en el mostrador con una postura de auténtico veterano de la hostelería para combatir el cansancio de tantas horas en pie.

Muchas veces le han gastado estos amigos ingeniosas bromas, pero cómo se iba a enfadar, *“no podía enfadarme con ellos, tenían mucho arte, aunque algunas bromas eran muy pero que muy pesadas”*. Así nos cuenta distendidamente, como hacen los buenos sabios, que amigos suyos de la talla de Pepe Santamaría, Ignacio Vinuesa, Pompo “el cartero”, el Picola y Rafael Damián entre otros, alguna que otra vez le gastaron estas viejas bromas.

“Una vez me propusieron brindar como cosacos y yo, que no sabía cómo era, accedí, y ellos inmediatamente brindaron su copa y tiraron toda la cristalería para atrás estampándose contra el suelo. Mi cara evidentemente fue de sorpresa, un poema, aunque por supuesto ya los amigos tenían la caja de tubos comprada de nuevo”.

A veces estos “cachondos” amigos que se pasaban buena parte en su bar le tabicaban las puertas literalmente o e incluso se las llevaban como ocurrió una vez cuando tuvo que ir por ellas al Casino tarifeño.

Entre caña y caña, el bueno de Pedro nos va contando anécdotas y nos sugiere con cierto gesto simpático y con media sonrisa contenida que la broma que recuerda ahora ya con mucha gracia, aunque por entonces no se la hizo, es de cuando por fin deciden irse de vacaciones unos días a Canarias y cerrar el bar por una semana. Pedro apenas había tenido vacaciones y por fin se convence. A sus amigos a quienes parecía que le trastocaba un poco su rutina, ni cortos ni perezosos, hacen lo imposible por quitarle la llave del bar sin que Pedro se percatase. Le hacen una copia días antes y durante esas vacaciones abrirían ellos mismos el establecimiento diciéndole a todo el mundo que pasaba por allí que Pedrín se lo había alquilado y que se tomaran una copita gratis que corría todo a su cuenta. Relata que se bebieron un barril de cerveza, se comieron un queso, abrieron latas de melvas y todo lo que quisieron.

Bromas aparte, Pedro siempre viste delantal blanco, con la típica ropa de camarero, zapatos negros y pantalón del mismo color, camisa blanca y nada que no pueda perturbar al cliente, quiere que nos sintamos como en casa.

Por su bar han pasado muchos soldados que había por entonces en Tarifa. Infantería de marina, la COE, la PM, artillería de costa y, por último, la legión, y todos absolutamente todos esos hombres paraban para comerse un buen bocadillo de media barra de pan de carne en tomate y alguna que otra cerveza.

Exquisito es el atún encebollado, las albóndigas, los *burugatos* con su tapón de corcho La Ina y sus agujas. Pequeños platos de forma ovalada de loza blanca, ya casi perdidos en la hostelería y que tan sólo conservan algunos clásicos como Pedrín.

El menudo, por ejemplo, no lleva aceite, se guisa con manteca *colorá* “*porque así no se pone laminoso*” señala Pedro. Garbanzos remojados y el menudo comprado entero en la carnicería de la plaza. Él mismo se encarga de partirlo y quitarle la pequeña suciedad que trae “*porque hoy en día ya viene muy limpio, la verdad*”. Luego taquitos de chorizo y de jamón, la hierbabuena, algo de verdura, un buen chiclana que es parte de la clave y fuego lento, mucho fuego lento como con la carne en tomate, la carne en salsa, las albóndigas o los higaditos de pollo, cuatro de las tapas de siempre en el local.

Así empezaron a surgir platos de museo como la carne *mechá*. No hay ningún tipo de adorno para servirla. Una loncha, eso sí generosa, y dos rodajas de pan. Ni salsa, ni espumas, ni crujientes, ni nada que se le parezca. La receta la aprendió de su padre que, asimismo, la aprendió de su mujer. Pedro resalta que el secreto está en utilizar cabeza de lomo, una carne más jugosa que el lomo, y cocerla con ajo, cebolla y manteca. Su esquina es puntera, pues es tan estrecha que ver los pasos de Semana Santa por allí, con la dificultad que posee, es todo un verdadero espectáculo que hace que su bar se llene y se pidan los sitios para ver pasar a “Los Niños del Huerto o a La Charito”.

Toda una vida detrás de un mostrador, casi más de medio siglo escuchando anécdotas, situaciones y sucesos en su barra. Una etapa de su vida que si bien le ha reportado muchas alegrías también le ha privado de pasar el tiempo que quería con la familia.

Pedro es una de esas personas a las que gusta encontrarse detrás de una barra. Alguien dispuesto a conversar pausadamente sobre cualquier tema, haciendo que su cliente se sienta cómodo en su compañía.

Destaca que ve con alegría cómo los clientes quieren volver a los guisos de siempre, a la cuchara y comprueba que cada día son más los jóvenes que se acercan hasta su bar para probar estos platos que ya no encuentran y que quieren conocer. La carne en tomate y el menudo, los callos, se mantienen durante todo el año, aunque sea agosto y se superen los 30 grados a la sombra, “*la gente lo pide y yo creo que hasta se le quita la caló*”.

Serenidad con los clientes, tradición, profesionalidad y calidad en el servicio.

Hay una máxima para Pedro, no faltar nunca, abrir todos los días, estar al pie del cañón bien temprano.

Al entrar en este templo culinario uno percibe en este bar solera por los cua-



Figura 11- Bar Pedrín. Juan, Justo, Ramón y Pedro. Fotografía cedida por Juan Navarro Cortecejo.

tro costados, ve fotografías antiguas y se respira que todo se ha conservado como se inició convirtiéndose ya en un lugar histórico de parada obligada.

Cuantas historias deambularon por ese mostrador. Muchos paisanos descansaron de sus pesadas tareas, y apoyando los codos en la mesada empinaban un vaso de vino, que nunca se le negaba a nadie, esto lograba acortar la faena diaria, sus dramas o la vida misma.

¡Un poco más de chiclana del güeno, Pedro! Una caña bien tirada. A sus afueras, en los dos barrilitos donde da un poco más el sol, se reúnen amigos, amantes del carnaval, cofrades y se libran grandes tertulias.

Pedro era de esas personas que al igual que la familia Trujillo son parte de la raíz de todo un pueblo, parte de nuestra memoria y que tienen muchas historias que contar y recordar.

A modo de conclusión.

Tal vez el lector, habrá sido capaz de respirar y sudar los propios recuerdos de los protagonistas. A menudo, tal vez, nos habrán venido imágenes de gente y situaciones ya olvidadas que tras su lectura recobran vida. De pronto, nos podemos sentir invadidos por resonancias, palabras o sensaciones del ayer y darnos cuenta de que no es un mero ejercicio de la memoria, ya que, acompa-

ñando esos trazos de vida vivida, amanecen emociones que parecen instalarse definitivamente en nuestro interior.

A través de la palabra contada he pretendido recuperar parte de la esencia del por qué somos de una manera u otra. Parte del alma del individuo que llamamos al “ser tarifeño”.

Es la historia vista con los ojos de la propia gente.

La añoranza podía haber ganado la batalla, pero cayó derrotada ante el impulso de la narración. Mi narración, la historia que la gente cuenta en voz baja y que es verídica es parte de la tradición oral de todo un pueblo.

La vida está llena de buenas historias. Narrarlas es todo un arte; escucharlas, un lujo y un placer cada vez más al alcance de todos. ■

Bibliografía

TERÁN REYES, F.J., 2017: *Relatos Tarifeños Desenfadados*. Ed. Imagenta.

TERÁN REYES, F.J., 2019: *Personajes Tarifeños: La historia que la gente cuenta en voz baja*. Ed. Imagenta